

NUEVA YORK: AMISTAD EN AÑOS DE NIEVE

MSc. Julio Castellanos Rodríguez⁽¹⁾ Lic. Alicia Cepero Hernández⁽²⁾

1- Filial Pedagógica “Alberto Fernández Montes de Oca”. Torriente, Jagüey Grande.

2- Sede Universitaria Municipal de Jagüey Grande. Calle 9 # 709, Jagüey Grande.

Resumen.

Este trabajo propone aspectos esenciales de la vida de Martí durante los 15 años de destierro en Nueva York. Se tratan algunas aristas de su pensamiento y la amistad como una de las cualidades más hermosas del hombre. El largo y frío destierro afectó sensiblemente la salud del Apóstol. Perdió en esa ciudad a la mujer amada, quedó separado de su hijo José Francisco, sus padres y hermanas. Sufrió también la ingratitud de aquellos que no lo comprendieron en su labor patriótica. Vislumbró allí los peligros que se cernían sobre Cuba y América Latina por las pretensiones anexionistas de Estados Unidos. La amistad de sus amigos, en especial Mercado, era el único remedio al cuerpo enfermo y al espíritu lacerado. La bibliografía principal empleada es el epistolario que aparece en el tomo 20 de las Obras Completas. El método utilizado, el histórico-lógico, para el ordenamiento de ideas trascendentales del Maestro.

Palabras claves: Patria; Destierro; Pensamiento Martiano; Amistad.

Introducción

José Martí vivió desterrado en la ciudad de Nueva York durante tres lustros. Fue el lugar donde por más tiempo permaneció. Allí desplegó una intensa actividad como político, escritor, periodista, poeta y orador, en medio de condiciones muy adversas para su vida íntima y para la labor que desarrolló como hombre que amaba entrañablemente a su patria y a América. Desde allí vislumbró y denunció los peligros que se cernían sobre Cuba y el resto de los países de la que él había llamado Nuestra América, por las evidentes intenciones anexionistas de los círculos gobernantes de los EE UU de Norteamérica. Sufrió mucho en esa ciudad por esas circunstancias. *“Nada perturbó tanto la vida de Martí, el Apóstol de nuestra independencia, como la anexión a Estados Unidos. Desde 1889 venía tomando conciencia de que ese era el mayor peligro para América Latina. Soñó siempre con la Patria Grande, desde el Río Bravo hasta la Patagonia; por ella y por Cuba dio su vida”*(Granma, 2009), asegura Fidel en sus reflexiones publicadas el 28 de agosto del 2009.

Sobradas razones tenía Martí para hablar del frío destierro en Nueva York, de los tristes días de nieve que le enfermaban el espíritu. En un magnífico discurso pronunciado durante la velada de homenaje a José María Heredia en Hardam Hall en 1889, dijo que éste no había sentido cuando le entró por el costado la *“puñalada del frío”* en esa ciudad. La herida profunda y helada interesó también las entrañas del Apóstol durante su estancia de 15 años en el mismo lugar donde había permanecido el cantor del Niágara una parte del primer lustro de la década de 1820. Sólo el apoyo de las amistades más entrañables lograba atenuar el inmenso dolor que le provocaba el destierro. Tuvo médicos diversos, además de su médico de cabecera; ellos fueron sus amigos de Nueva York, de Nueva Orleans, del Cayo, de Tampa, de Ocala, de la Convención Cubana, de la Liga de Nueva York, del Partido Revolucionario, del periódico Patria y también de otros países de América. En México estaba Mercado que fue, sin dudas, su mejor amigo. Eran sus cartas un gran aliento que recibía y lo que más lo reconfortaba. Fue él quien le brindó su casa en México después del

destierro en España y durante los casi dos años que permaneció en Guatemala; el mismo que había apoyado, sin condición alguna, a sus padres y sus hermanas cuando arribaron a esa ciudad muy pobres y con la salud deteriorada,

El propósito principal del trabajo es destacar, además del dolor que le causaba el frío destierro en Nueva York, la profunda amistad que se mantuvo y lo ayudó a vivir. Sería Manuel Mercado, con su apoyo en recursos y la oportuna correspondencia, quien serviría de alivio al sufrimiento que le causaba la separación de sus seres más queridos y la ingratitud de esa ciudad a la que alguna vez comparó con una “copa de veneno”.

En uno de los quince angustiosos inviernos que allí pasó, le escribió a un compañero de la Liga de Nueva York este hermoso pensamiento: ““*Un belitre, que cae a medio camino, no tiene derecho a agradecerle la simpatía a un hombre sano. Enfermarse es pecar. Pero hay médicos diversos,- y el mejor, es un buen amigo*”. (Martí, 1975). Eso precisamente sería Mercado para Martí durante los años de su destierro en Nueva York.

En esta propuesta se entrelazan algunos de sus sentimientos más íntimos relacionados con sus seres queridos, la denuncia a las pretensiones del imperialismo norteamericano de apoderarse de Cuba y extenderse por el resto de los países de América Latina y el placer que le proporcionaba la correspondencia de Mercado desde México. Se destaca aquí la amistad como una de las mejores virtudes del ser humano.

Desarrollo

Arriba Martí a Nueva York el 3 de enero de 1880, procedente de Francia, país a donde había viajado clandestinamente desde España, durante su segundo destierro. El día 8 de ese mes se traslada a residir para la casa de huéspedes del matrimonio integrado por Manuel Mantilla y Carmen Millares. Comenzó allí el triste peregrinar de este hombre excepcional por los EE UU de América. Desde allí viajó a varias ciudades de este país y también a diferentes países de América Latina para desarrollar su labor revolucionaria, que consistía fundamentalmente en la unidad de los patriotas y la organización de la Guerra Necesaria. Sería en esa ciudad donde permanecería separado de su patria y de sus seres más queridos por largos años. Allí tuvo magníficos amigos en cuyo cariño encontró el equilibrio a los sufrimientos que le provocaba Nueva York. En la soledad de esa ciudad encontró de nuevo el apoyo de Manuel Mercado, su “*hermano mejor*”, que desde su país lo alentaba y ayudaba a vivir.

Muy duros fueron para él los diez primeros años de su estancia en EE UU. Incomprensiones vinculadas a su vida íntima y a la labor patriótica que desplegab, a las que se sumaban las pretensiones expansionistas de ese país, dañaron sensiblemente su salud física y espiritual. Tuvo médicos de cabecera que lo cuidaban y aliviaban, pero eran sus amigos, y sobre todo Mercado, los que más remediaban sus angustias y enfermedades.

En el mes de mayo de ese año, recibe carta de Manuel y en su respuesta al amigo le confiesa la felicidad que experimentaba porque ya estaban junto a él Carmen y su pequeño hijo; no obstante, le expresa la preocupación que tenía porque ella no compartía sus juicios y su devoción por las tareas revolucionarias que él llevaba a cabo. Para esa fecha, Martí colaboraba activamente con los patriotas que proyectaban y organizaban la Guerra

Chiquita. Ya para el año 1881, Carmen y el niño están de nuevo en Cuba y él presentía la inevitable separación. Así le confiesa a la esposa:

“Hoy, sobre el dolor de ver perdida para siempre la almohada en que pensé que podría reclinar mi cabeza, tengo el dolor inmenso de amar con locura a una tierra a la que no puedo ya volver. Me dices que vaya; si por morir al llegar, daría alegre la vida... Que no lo estimas ya lo sé. Pero no he de cometer la injusticia de pedirte que estimes una grandeza meramente espiritual, secreta e improductiva.” (Martí, 1975)

Por esa misma razón, en junio escribe a Mercado, confesándole el estado de ánimo que lo embargaba y le solicita su apoyo:

“Estoy como roído _ del ansia de vivir en acuerdo conmigo mismo; y en obediencia con los mandatos que llevo en el alma, ... no me abandone, que cuando me siento caer, pienso en usted”. (Martí, 1975)

En 1882 se imprime en Nueva York el cuaderno de poemas *Ismaelillo*, dedicado a su niño, que había culminado en su mayor parte en Caracas, Venezuela, el año anterior. Escribe también sus *Versos Libres* y comienza a redactar para el periódico La Nación de Buenos Aires. Por esa fecha su esposa y el niño, que estaba a punto de cumplir sus cuatro años, no lo acompañaban. Carmen estaba en Cuba con su hijo y lo presionaba desde Camagüey para que él viajara a la isla. Los años 1881_ 1882 comprenden un largo y doloroso período de ausencia de estos dos seres queridos, quienes finalmente arriban a Nueva York en diciembre del año 1882.

A mediados de ese mismo año se había refugiado en el amigo:

“No es que me acuerde de usted en marcada hora del día. Es que sé que usted consolaría mis tristezas, si las viera de cerca, y aún siento que las consuela con su afecto lejano...por eso estoy pensando constantemente en usted como viajero fatigado en puerto y desterrado en patria...alguna vez le he de decir en versos todas estas cosas... Ahora no... porque estoy lleno de penas y todo iría empapado en lágrimas._ Y yo tengo odio de las obras que entristecen y acobardan...”(Martí, 1975)

Los años 1883 y 1884 transcurren en la compañía de la esposa y su hijo. En junio de 1883 arriba a Nueva York su padre, que se convierte en otra fuerza poderosa que lo estimula. Este es un año de arduo trabajo, cobijado por el amor de su mujer, el niño y su padre. No obstante, la soledad de esa inmensa ciudad cosmopolita y el egoísmo de los seres humanos que la habitaban, actuaban como radios que, partiendo de su periferia, llegaban hasta el mismo centro de sus sentimientos más profundos, dañándolos sensiblemente.

En el mes de agosto de 1883, le comenta a Mercado:

“Si usted me preguntara qué deseo, le diría, con el fuego de mi deseo vivamente acariciado, siempre mal contenido: ir a verlo, respirar_ como solía en aquella atmósfera discreta, reposada y generosa, sentarme a sus manteles blancos. Toda su casa es almohada: y yo vivo sin sueño ni descanso. El cielo de su tierra, y el de sus almas me hace falta...y yo me muero en sayón pardo: _ pero ¡cómo quisiera, como quien abre las alas,

sacarlas de esta bruma y posarme en su casa.” Casi al finalizar la misma le pide: *“Escribame siempre, que cuando leo sus cartas me parece que me quejo sin razón, y que todavía puedo vivir, y me fortifico”*. (Martí, 1975)

Durante 1884 está enfrascado en labores de corresponsal de la sociedad “Amigos del saber” de Caracas y el consulado de Uruguay en Nueva York. En los últimos meses del año se vincula al plan Gómez_ Maceo y decide separarse del mismo por no estar de acuerdo con la concepción de estos grandes jefes sobre la guerra que se organizaría y la futura república. En 1885, después de la separación, prácticamente condenado al silencio en los asuntos de la patria, se acentúa la nostalgia en Nueva York. En la más absoluta discreción, que era una de las grandes virtudes que siempre lo acompañó en los asuntos de la patria y de su vida personal, sufrió el aislamiento de estos años y buscó refugio en la intensa actividad intelectual que desarrollaba sin decir una palabra que pudiera denigrar el empeño de aquellos dos hombres que para él eran verdaderos paradigmas. Sólo a Mercado habló en alguna ocasión de este asunto que tanto laceró su vida. En él busca de nuevo el desahogo:

“...Usted vive donde todo convida a escribir, y a querer, y a decirlo: _ y yo, sobrevivo lleno de espantos interiores, que si estuviéramos cerca, le contaría, estoy donde todo, a nosotros los del alma ardorosa, convida al silencio, al decaimiento y la muerte...” (Martí, 1975)

En abril de ese mismo año le manifiesta: *“Mi hermano muy querido_ el más querido: ...aquí han dado flor y fruto todas mis desdichas, y aquí han venido a tierra mis esperanzas puras y mejores”*. Y en noviembre le sentencia: *“...De esta tierra no espero nada, ni para ustedes ni para nosotros, más que males...”*. (Martí, 1975)

Para esa fecha Carmen se había separado, de nuevo, temporalmente de él y viaja a Cuba acompañada del niño. En estas circunstancias le envía un mensaje en el que se refleja el estado de sus sentimientos, que no dio nunca espacio a la derrota:

“Mi hermano mejor:

En el estribo como siempre, ...Ahora vivo solo porque Carmen y el niño están por unos meses en Cuba, en una casa pacífica, donde tal vez halle reposo para contarle a la larga las cosas que me han ido sucediendo._ Tristes son, y de la mayor tristeza; pero en mi caso no caben, mientras que quede átomo de vida, flojedad ni abatimiento. Llevo al costado izquierdo una rosa de fuego que me quema, pero con ella vivo y trabajo, en espera de que alguna labor heroica, o por lo menos difícil, me redima”. (Martí, 1975)

Es 1886 el año preciso en que confiesa el Apóstol sentirse atado a esa “*copa de veneno*” que era para él esta ciudad. La obligada separación en los asuntos de la isla y sus seres más queridos, acentúa la soledad de Nueva York. Ocupa su tiempo y encuentra alivio en desarrollar una intensa actividad periodística. Es corresponsal ese año de los periódicos La Nación, de Buenos Aire, El Partido Liberal, de México y también de La República de Honduras y La Opinión Pública, de Montevideo, Uruguay.

Por esta etapa la correspondencia con Mercado es abundante. En el invierno de febrero le expresa:

“...si usted me viera el alma. Si usted me viera como me ha quedado cocada y desmenuzada en mi choque incesante con las gentes, que en esta tierra se endurecen y corrompen, de modo que todo pudor y entereza, como que ya no la tienen, les parecen un crimen ...muchas penas tengo en mi vida, tantas que ya para mí no hay cura completa ...si no caen sobre mi alma algún gran quehacer que me la ocupe y redima, y alguna gran lluvia de amor, yo me veo por dentro, yo sé que muero ...déme un estribo para echar a andar otra vez sobre la vida: porque el que nació conmigo, se me lo han comido”. (Martí, 1975)

En marzo le escribe una extensa carta en la cual le confiesa: *“...Los cariños que inspiro, y el de usted a la cabeza de ellos, son ya, desde hace años mi único premio y estímulo: nada más pedí a la tierra, y nada más me ha dado...mi Don Manuel está sentado en mi corazón a la diestra de Dios _ Todopoderoso, y no habrá nada que lo saque de su asiento... tengo en usted una fe que ya en muchas cosas y hombres he perdido...Déjeme callar y en cuanto esté en su mano, póngame remedio”.* (Martí, 1975)

En mayo, de nuevo le solicita:

“...Ni una letra de usted en estos días, cuando no debiera escaseármelas, como no debiera escasear a los enfermos la buena medicina”. (Martí, 1975)

A partir de agosto encuentra Martí otro motivo que agrava su angustia: el peligro de invasión y anexión de México por parte de los EE UU, estimulado por la actitud del Congreso Norteamericano. Comparte con el amigo este dolor:

“...Sufro tanto de esto como si viera en peligro de muerte a mi propia tierra”. (Martí, José, 1975)

El año 1887 le depararía un duro golpe: en febrero muere su padre en La Habana. Ese año es nombrado cónsul de Uruguay y en el mes de septiembre culmina la traducción de la novela Ramona. En octubre resulta estimulante la invitación que le hacen para que pronunciara un discurso en conmemoración del 10 de octubre en el Masonic Temple, de Nueva York. También lo alienta la compañía de su madre en diciembre. Sobre ella le confiesa:

“... ¿Qué amigo tengo mejor en el mundo que usted?... ¿...Sabe que mamá está aquí? Esta es la salud repentina que todos me notan. Al fin pude hacerla venir, por unos dos meses. Y una de sus primeras preguntas del vapor a la casa, fue por Lola y por usted”. (Martí, 1975)

En su primera correspondencia de enero de 1888 lo embarga la tristeza por la partida de su madre hacia La Habana. Quedaba de nuevo solo en Nueva York. Su correspondencia es corta, pero potadora de un tierno mensaje:

“Lo que sí le diré es que tomando para cambiar de idea un librote de pensamientos griegos que suelo tener a mano, leí este de Eurípides: “la vida no tiene un tesoro mayor que un amigo sincero”. Y pensé en usted”.

En otra carta de enero de ese año le refiere el desprecio y la altanería con que EE UU se proponía tratar a Cuba y el resto de los pueblos de América. Según Martí lo doloroso consistía en que se veía por todas partes la agresión y de ninguna parte la resistencia, más bien lo que se observaba era la amistad íntima de los encargados de velar por nuestras tierras con los de la doctrina norteamericana de la anexión. Así le dice a Mercado:

“Sólo por saber de Luisa hubiera podido yo escribirle hoy, que tengo el espíritu como mortal, por las serias noticias que ya salen a la luz, sobre el modo peligroso y altanero con que este país se propone tratar a los nuestros, _ por los planes que tienden, en lo privado y en lo público, para adelantar injustamente su poder en los pueblos españoles de América, _ y por la declaración ya casi oficial, de que intentan proponer a España la compra de Cuba. Cuando no se muere de ciertos dolores, o de este, la vida debe ser cosa de mucha fuerza, Ni sé yo, si sucediera, cómo podría quedar con vida. No hablo así por el arrebato de la sorpresa, porque esto lo he visto venir: sino por el pesar de verlo probable y con menos obstáculos de lo que parece. De otras penas me he levantado. Pero de esta, no sé cómo: Qué habilidad, qué sutil y constante vigilancia no se necesita para aprovechar todos los momentos favorables e impedir que esas ideas tomen demasiado cuerpo”. (Martí, 1975)

El dolor que le producían las claras pretensiones de los EE UU con respecto a Cuba y los pueblos de su querida América, la complicidad traidora de varios de sus gobernantes, y la soledad de Nueva York por la pérdida y la separación de su familia le calaban las entrañas. En el mes de julio de ese año le escribe al hermano:

“Salgo de una postración, lleno de remordimientos por haber abandonado durante ella todos los trabajos que no requerían fecha fija o me demandan alguna concentración de espíritu. No vaya a creerme Jeremías, ni rendido. Pero la pena acumulada suele llegar a tanto que me siento echado por tierra, como he visto echar por tierra en los mataderos los toros... Ni en prosa ni en verso lo digo, porque no se ha de escribir, sino lo que puede fortalecer. Perdí por mi culpa la llave de mi vida, y los quehaceres en que ocupó lo que me queda de ella no son bastantes a satisfacer el alma hambrienta. Me voy acabando de hambre de ternura. Por eso me hace usted tanto bien cuando me escribe, como en su última carta, con toda la suya...” (Martí, 1975)

El año 1889 se presenta con cierto aliento para el Apóstol en sus inicios. En marzo responde dignamente a las ofensas publicadas en un periódico de Filadelfia contra los cubanos y a favor de la anexión de Cuba a los EE UU de América. Su carta Vindicación de Cuba, publicada en el diario neoyorquino *The Evening Post* fue la digna respuesta que le sirvió de alivio. En carta al amigo se lo expresó:

“En las cosas de nuestra tierra se me ha calmado un poco el dolor por el júbilo con que acogen mis paisanos la defensa de nuestro país que escribí en la lengua picuda, de un arranque de pena: y parece que impuso respeto. Se la mando para que Manuel me la traduzca...Lo que quiero es demostrar que somos pueblos buenos, laboriosos y capaces. A cada ofensa, una respuesta del tipo de la que le mando, y más eficaz por su moderación...” (Martí, 1975)

En esta misma carta le reitera a Mercado el ansia de encontrarse con su hijo que contaba ya diez años de edad y era retenido en Cuba por su esposa Carmen Zayas. Así le comenta:

“ Yo he estado este mes pasado con una traducción en verso que está al salir a luz y de la que recibirá usted las primicias... más que todo, con el ansia de que venga mi hijo que Carmen retiene en Cuba ya más de lo justo... Vivo con el corazón clavado de puñales desde hace muchos años. Hay veces que me parece que no puedo levantarme de la pena. Por eso está bien que de vez en cuando me venga alguna carta suya...” (Martí, 1975)

Fue alentadora también ese año la publicación en el mes de julio del primer número de la *Edad de Oro*, mensuario dedicado a los niños de América. Está lleno de optimismo por este acontecimiento y en el mes de agosto le dice sobre esta revista:

“No parece, de veras que venga al mundo la Edad de Oro... Verá por la circular que lleva pensamiento hondo y ya que me lo echo a cuestras... ha de ser para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es a llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser fieles en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella... el abono se puede traer de otras partes, pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo. A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo y hombres de América... Si no hubiera tenido a mis ojos esta dignidad, yo no hubiera entrado en esta empresa...”. (Martí, 1975)

Sirvieron también de estímulo sus discursos en *Hardam Hall* de Nueva York por la conmemoración del 10 de octubre de 1868 y en honor al cubano José María Heredia, el sublime poeta que en magnífica analogía cantó al Niágara y lo situó en lugar tan alto como las palmas de su natal Santiago de Cuba, que es la región, según Martí, “*donde más altas son las palmas en Cuba*”.

Sin embargo, tenía reservadas Nueva York sus mayores amarguras para los meses finales del año 1889, con la celebración de la Conferencia Internacional Americana en la que se llevaría a efecto la conjura del gobierno de los EE UU y sus cómplices de Latinoamérica. Sufre mucho durante los meses que duró la Conferencia. En noviembre le expresa a Mercado su estado de ánimo por el peligro que se cernía sobre Cuba y el resto de los países de América, y de nuevo busca su apoyo:

“Mañana me siento a hablar con usted largo, _ ya repuesto de una amargura dolorosa, que llevaba en pie, aunque me tenía como sin fuerzas y sin sentido. Vivo para mi tierra, la veo en peligro de lo que más abominable me es, me veo solo para defenderla, no he oído ni visto desde un mes largo más que lo que aumentaba mi pesar, y he callado sobre lo que no podía decir, y pesaba en mí tanto que para nada más me dejaba fuerzas”. (Martí, 1975)

En diciembre vuelve al amigo con el tema que lo obsesionaba:

“Yo prometí escribir a usted largo y en el no hacerlo se han juntado la piedad de dar más que leer a quien ya tiene tanto_ y la pena de pensar en lo que tanto me ha atribulado y descompuesto en estos últimos meses, viendo como envolviendo alrededor de mi tierra y de mis tierras de América, una red de que todas, menos la mía tal vez, se pueden aún salvar... Lo que casi me ha sacado la tierra de los pies es el peligro en que veo a mi tierra de ir

cayendo poco a poco en manos que la han de ahogar;... Pero me pasa con los peligros de este orden que la inquietud me dura en ese estado mientras veo que se pueden evitar... Luego, en cuanto el peligro está cara a cara, la mente se me serena... lo pudiéramos evitar nosotros con un poco de juicio". (Martí, 1975)

No descansa en esos meses finales del año. En el propio mes de diciembre denuncia los hechos de la Conferencia en discurso que pronuncia, y escribe la que sería la última carta del año al mexicano:

" Y era mi objeto, porque veo y sé, dejar oír en esta tierra harta de lisonjas que desprecia, y no merece, una vez que no tiembla ni pide, _ y llamar la atención sobre la política de intriga y división que acá se sigue con daño general de nuestra América... Nadie me lo ve tal vez, ni me lo recompensa; pero tengo gozo en ver que mi vigilancia, tenaz y prudente, no está siendo perdida... Qué necesidad la de tener aquí una tribuna constante, en lengua del país, briosa y cortés, sin responsabilidad de gobierno alguno, sino personal y suelta! Pero mientras viva velo. Quiero libre a mi tierra, _ y a mi América libre" (Martí, 1975)

Fue tanto lo que sufrió Martí durante ese invierno de la Conferencia, que enfermó, y su médico decidió que se retirara a las montañas por un tiempo, para que pudiera restablecer allí, en medio de la naturaleza, su salud quebrantada. En el campo escribió los Versos Sencillos. En el prólogo de estos explica el Apóstol:

"Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia en que, por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y Chapultepec, el águila de López y de Walker apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví... Me echó el médico al monte: corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores". (Martí, 1997)

Consideraciones finales

El balance de la década vivida por Martí en Nueva York hasta 1890, presenta como característica fundamental un desequilibrio entre las diversas razones que generaron tristeza y deterioro de su salud física y espiritual y las que lo hicieron sentirse feliz. La balanza marca una desproporción a favor de las primeras. Pero su optimismo y el enfrentamiento a las dificultades del frío de esta ciudad que le calaba las entrañas, encontraron el apoyo de la amistad sincera de sus compañeros más allegados, dentro de los que siempre situó como primero, al entrañable hermano Manuel Mercado, el amigo mexicano.

La nueva década le depararía también duros golpes: la definitiva separación, en junio de 1891, de la esposa amada y su hijo José Francisco quienes habían viajado desde La Habana para reunirse con él. En esta ocasión, sin el conocimiento ni la aprobación de Martí, influenciada Carmen y ayudada por Enrique Trujillo, un individuo oscuro que en diversas

ocasiones, y sin la más elemental ética, calumniaba al Maestro en su vida íntima y en su labor patriótica. Se sumaría, en enero de 1892, las ofensas de Enrique Collazo y Ramón Roa, veteranos de la guerra anterior, y su viril respuesta a ambos. Collazo, finalmente, estaría a su lado en las circunstancias más difíciles y logró ser su amigo.

En enero de 1895 es traicionado, después de haber logrado en la más absoluta discreción el plan de Fernandina. El autor fue Fernando López de Queralta, un oficial que conduciría a una de las tres embarcaciones hasta Cuba. Finalmente, cuando se dirigía a Cuba junto a Gómez y cuatro valerosos compañeros, de nuevo es traicionado por el capitán de la goleta Brothers en la cual habían partido desde Montecristi, Santo Domingo. No obstante, por muy difíciles que fueran las circunstancias, nunca se sintió derrotado; era la altivez una de las virtudes que lo caracterizaron. Esta cualidad, unida al amor que transformó en poderosa energía revolucionaria, en sus relaciones íntimas y en las labores de la patria, fueron ingredientes principales que mantuvieron siempre su moral bien alta y le permitieron sobreponerse a cualquier adversidad por compleja que ella fuera. “... *No se canse de defender, ni de amar. No se canse de amar*” (Martí, 1975), había expresado a Rafael Serra, un amigo de la Liga de Nueva York, el mismo día que de allí partió para siempre:

A modo de conclusión

Fue escasa la correspondencia de Martí con Manuel Mercado durante el año 1895, pero la síntesis de lo mejor de su pensamiento y sus sentimientos, estaba reservada para lo que sería la carta de despedida escrita al amigo el 18 de mayo de ese año, un día antes de morir en combate, “*en un rincón querido de su patria*”, como siempre había soñado. Dedicó a Mercado y a México su último pensamiento político. “*Amor con amor se paga*” había sugerido en magnífica obra teatral que escribió en la capital del país que más amó después de Cuba. Su carta última al hermano era el pago cariñoso a tanto amor que éste le había entregado. Ponía en sus manos, en calidad de testamento, la esencia más profunda de su excelente arte de hacer política: salvar a Cuba, para salvar el equilibrio del mundo y el honor de los EE UU de Norteamérica. Inconclusa quedó la misma, como para dejar abierta la comunicación con aquel en cuya amistad encontró el oportuno consuelo para el espíritu enfermo por la tristeza que le produjeron los quince Años de Nieve que permaneció en una ciudad inmensa, maravillosa y llena de contrastes que responde al nombre de Nueva York.

Bibliografía:

Martí José: Obras Completas Tomo 20, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

_____. Cuadernos Martianos II, Secundaria Básica, Selección de Cintio Vitier, Editorial Pueblo y Educación, Ciudad de La Habana, 1997.

Periódico Granma, La Habana, viernes 28 de agosto, del 2009.